

FOLLAR COMO CONEJOS

Luis Ángel Madorrán



Capítulo 1

Mi tío despotricaba sobre algo. Yo miraba su enorme papada agitándose arriba y abajo. Se movía al compás de sus palabras, como una bailarina de striptease entrada en años. Tenía algo hipnótico aquella masa de carne. Hacía que te perdieras en su sebo, olvidándote de lo que decía la persona. Se podría decir que era mi tío el que estaba pagado a su papada, y no al contrario.

Me tomé el botellín de cerveza. Estaba caliente y sabía a sudor de rata. Me lo bebí igual; cualquier cosa con tal de abotargar mi cerebro. Odiaba las Navidades, las sonrisas falsas, las comidas pantagruélicas, el puto anuncio de la lotería. Y de todas las fechas, la que menos soportaba era la Nochebuena.

Allí estábamos todos, la familia al completo. O casi. Algunos habían logrado escaquearse. Faltaban mi abuela, a la que no habían sacado del asilo, y un par de primos. Mi tío estaba hablando precisamente de eso.

—...con unas amigas, ¿te lo puedes creer? Ya le he dicho que como mañana no venga a la comida de Navidad lo lleva claro.

Hablaba de mi prima María, que no había venido a la cena. No escuché el resto, su papada me atrapó de nuevo en su red de carne adiposa. Miré el reloj. Era casi medianoche. Agarré una botella de vodka que había sobre la mesa. Bebí un largo trago a morro. No podía soportarlo más.

—¿Qué haces? —dijo mi padre.

Seguí bebiendo. Las conversaciones se fueron espesando en mi cabeza.

—¡Para ya! —Mi padre me arrancó la botella de los labios. Algunas gotas cayeron sobre el pantalón, mojándome la entrepierna.

—Me voy.

—¿A dónde vas?

—Me largo.

Agarré la puerta y salí a la calle. Me había dejado la cazadora, pero me importó una mierda.

—¿Qué coño quieres que haga con esto?

Tenía un disfraz de conejo gigante entre las manos. Me lo había dado Bosco, mi amigo. Estábamos en su casa.

—Venga, coño. ¡Anímate! A las tías les va este rollo.

—¿Qué rollo? ¿Los conejos gigantes? ¡No me jodas!

—Haz lo que quieras. Yo me voy a poner el mío.

Bosco se calzó el disfraz. No era de conejo, sino de oso. Parecía un peluche gigante, pero con un aire mezquino y turbio.

—¿Y cómo se bebe con eso puesto?

—Lleva un agujero en la boca. —La voz de Bosco sonaba hueca dentro del disfraz, como si se hubiera metido un embudo por la garganta.

—¡A la mierda! —dije. Me puse el disfraz de conejo. Era de color azul.

No había mucha gente en el pub. En la barra estaba una camarera con un gorro de Papá Noel. Tenía el rímel un poco corrido y un gesto de hastío en el rostro. Tendría unos diez años más que yo, pero estaba buena a pesar de todo.

—¿Qué haces esta noche? —pregunté.

—¿A ti que te parece?

—¿A qué hora sales?

—A ninguna. Me quedo aquí.

—¿Vives aquí?

—Sí, vivo aquí.

La camarera se fue al otro lado de la barra. El disfraz de conejo no estaba funcionando, además me estaba cociendo por dentro. Debajo solo llevaba los calzoncillos. Había dejado la ropa en casa de Bosco.

Mi amigo estaba bailando sobre una plataforma. Nadie le hacía caso, las tías mucho menos. Agarré el botellín de cerveza que había pedido y me lo bebí de un trago. Parte de la cerveza se derramó por mi garganta. El puto

agujero del disfraz no funcionaba tan bien como hubiera querido.

Pagué con un billete de cinco euros que olía a vómito de gato. No me quedaba más dinero, así que pensé en volver a casa.

—¡Me voy a pirar!

—¿Qué? —gritó Bosco desde el interior de la cabeza de oso.

—¡Me voy a casa! ¡Aquí te quedas!

Intenté salir del pub antes de que Bosco pudiera replicar. La música zumbaba en mis oídos con una cadencia demencial. Era como si un viejo con alzhéimer me golpeará con una pandereta sobre la cabeza de conejo. En la puerta choqué contra algo. A punto estuve de irme al suelo. Se trataba de un montón de pelo rosa coronado con una cabeza de animal de la que colgaban unas flácidas orejas de trapo. Un conejo gigante.

Había más de uno. Eran cuatro los animales gigantes que entraban en el pub. Todos eran conejos de color rosa.

—Mirad lo que tenemos aquí —dijo uno de los conejos. A través de su boca inmóvil sonaba la voz de una mujer joven.

Los otros tres conejos rieron. Bajo aquellos cuerpos peludos se ocultaba un grupo de mujeres.

—¿Tomamos algo? —pregunté a la primera coneja.

—Vaya con el conejito. No nos andamos con tonterías, ¿eh?

La cogí de la pata y me la llevé a la barra. Bosco ya había bajado de la plataforma y se acercaba al grupo de conejos que había quedado atrás. Pedí un par de cervezas.

—¿Cómo te llamas?

—Jessica Rabbit, ¿y tú?

—Duracell.

Nos tomamos las cervezas y pedí otras dos. Por suerte Jessica pagó la cuenta. Traté de averiguar si estaba buena, pero lo mismo me hubiera costado acertar el número de la lotería. Por lo que sabía, allí dentro podía haber cualquier cosa, tal vez hasta un tío con voz afeminada. Extrañamente, aquello me excitó.

Hablamos un rato. Apenas entendía nada con el volumen convulsivo de aquella música de mierda.

—¿Nos vamos? —pregunté.

—¿A dónde?

—¿A tú casa?

Jessica me agarró del brazo y me sacó del pub. Bosco había vuelto a la plataforma. No sé dónde estaban el resto de conejos.

La casa estaba bien. Era el piso de una amiga de Jessica. Pequeño pero ordenado. Había un árbol de Navidad en la entrada con las luces apagadas. Producía cierta tristeza verlo así.

Intenté quitarle el disfraz a Jessica, pero me apartó.

—El disfraz se queda. Y no se te ocurra quitarte el tuyo.

La dejé hacer. Sentía curiosidad sobre la mujer que se escondía tras el conejo, pero sobre todo estaba cachondo, y no iba a desperdiciar la oportunidad de echar un polvo por llevarle la contraria.

Me tiró sobre el sofá. Se me clavó en el culo un bolso negro con un dibujo de Snopy. Me deshice de él rápidamente. Jessica se subió sobre mí. A pesar de que era imposible sentir su piel, y de la borrachera que llevaba, noté cómo se me endurecía la polla. Busqué en su espalda alguna cremallera u orificio dónde meter la mano, pero el disfraz era tan hermético como un submarino ruso. Los guantes de conejo no ayudaban demasiado.

Jessica se quitó los suyos. Sus manos eran finas y largas. No parecían las manos de un hombre, lo que me alivió y decepcionó al mismo tiempo. Deslizó sus dedos sobre mi pecho peludo y fue bajando despacio hasta llegar a la protuberancia de mi pene empalmado. Se interponían entre su mano y mi polla el disfraz y el calzoncillo, pero a pesar de las capas de tela sintética sentí cómo el calor se intensificaba allí abajo. Ahora la tenía tan dura que el placer de su caricia era casi doloroso. Temí que pudiera rasgar el disfraz con mi polla firme, y por un momento pensé en cuanto dinero le habría costado a Bosco.

Me quité los guantes de conejo. Jessica seguía frotando su mano en mi entrepierna. Había encontrado los botones que la liberaban y me los estaba quitando poco a poco. Mi calzoncillo asomó entre ellos, como una punta de lanza dispuesta para la batalla. Deslicé mis manos por el culo de

Jessica. Tenía un tacto suave y agradable, pero era por la tela del disfraz. Me afané en encontrar una cremallera o algo que me permitiera acceder a su piel.

Jessica acabó por fin con los botones. Me bajó el calzoncillo y empezó a jugar con mi pene. Por un momento me olvidé de su culo y me concentré en el goce de la caricia. Ella sabía lo que se traía entre manos. Empezó a masturbarme despacio. Traté de no abandonarme al placer y seguí concentrado en lo mío. Había una cremallera que le recorría la espalda. Tiré de ella y por fin logré abrirle el disfraz. Mis manos palparon el cierre de un sujetador y unas bragas diminutas. Tenía la piel humedecida por el sudor y su culo no estaba mal. Agarré con fuerza sus nalgas. Ella paró de masturbarme. Su enorme cabeza de nejo bajó hasta mi cintura. Jessica agarró mi pene con su mano derecha y lo introdujo por el orificio de la boca del disfraz. Noté el plástico barato que raspaba mi piel, pero pronto sentí el contacto húmedo y cálido de su lengua y me olvidé por completo del roce. Al día siguiente iba a tener la polla tan irritada como si me hubiera dado un ataque de urticaria.

Mientras ella me lamía el pene a través de sus dos bocas, yo me concentré en su tanga. Se lo bajé de un tirón hasta la mitad de los muslos. Al tocar su sexo lo sentí húmedo y lubricado. Froté mis dedos en su clítoris. Jessica respondió moviendo sus caderas, guiando mis caricias para que le produjeran más placer.

Estuvimos así un rato, hasta que ella se detuvo y me miró con sus ojos inmóviles de conejo.

—Ahora fóllame.

Se puso de espaldas contra el respaldo del sofá. Yo me incorporé y a punto estuve de caerme sobre la mesita de cristal que había al lado. Mi pene se reflejó contra la superficie vidriosa. Estaba duro de cojones. Desde aquella posición pude ver su cuerpo por primera vez. Tenía la cremallera del disfraz completamente bajada y a través de la apertura su espalda y su culo se mostraban ante mí, como si me reclamasen. Su piel, al igual que la mía, estaba sudada. El tanga seguía bajado hasta la altura de sus muslos. Lo deslicé un poco más abajo, hasta las rodillas. Me arrodillé sobre el sofá, justo detrás de ella, y la penetré.

Los dos estábamos tan mojados que entré en ella sin problemas. Jessica comenzó a mover sus caderas adelante y atrás. Yo la dejé hacer. Me agarré a su cintura y me dejé llevar por su cadencia. Al principio comenzó suave, pero pronto le dio más impulso a sus movimientos, dándole duro. Intenté aguantar como pude, pero estaba tan cachondo que no logré contenerme. Me corrí dentro de ella. No debían haber pasado ni dos

minutos.

Jessica me apartó unos segundos después. Se sentó en el sofá. Mi pene comenzaba a ponerse flácido.

—Así que Duracell, ¿eh?

Me fui al baño para asearme un poco. Cuando regresé, Jessica estaba hurgando en el bolso de Snoopy.

Sacó un mechero y un paquete de cigarrillos. Se introdujo uno en el agujero de plástico y lo prendió.

—Será mejor que me vaya —dije.

—Tú mismo.

—Ha estado bien.

—Si tú lo dices...

Iba a pedirle un cigarro, pero me lo pensé mejor y me marché sin hacerlo.

Al día siguiente tenía una resaca de narices. Me senté en una esquina de la mesa, intentando mantenerme lo más alejado posible del jaleo que armaba mi familia. La mesa tenía dispuestos todos los entremeses. Apenas podía verlos. El solo olor a fritanga de las croquetas de mi madre me producía ganas de vomitar.

Mi tío, el de la papada gigante, estaba colérico porque mi prima aún no había llegado. Cada vez que gritaba era como si un taladro me arrasara el cerebro. Sonó el timbre de la puerta. Era María, mi prima.

Ella también tenía mal aspecto. Se sentó a mi lado mientras aguantaba en silencio la reprimenda de su padre.

—Hola —me saludó.

Incliné la cabeza a modo de saludo. María se quitó el bolso y la cazadora y los dejó colgados en el respaldo de la silla. Al fijarme en ellos me faltó el aire. La resaca se me pasó de golpe. Reconocería aquel bolso negro con la pegatina de Snoopy en cualquier parte.